

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XV



C. S. I. C.
1978
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XV



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1978

S U M A R I O

Páginas

EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1977, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	9
Apuntes para una futura bibliografía del Instituto (Continuación), por <i>M. P. J.</i> ...	15

ESTUDIOS

Las cacerías en la provincia de Madrid en el siglo XIV según el «Libro de la Montería» de Alfonso XI, por <i>Gregorio de Andrés</i>	27
Contribución a la obra de Juan Gómez de Mora, por <i>Virginia Tovar Martín</i>	59
El Colegio de Niños Desamparados de Madrid, por <i>María del Carmen Simón Palmer</i> .	73
El arte del Paular en los documentos del Archivo Histórico Nacional (Continuación), por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	85
El convento del Carmen de Madrid (Parte II), por <i>Balbino Velasco, O. Carm.</i>	123
En el tercer centenario de la muerte del platero real Luis de Zabalza, por <i>José Manuel Cruz Valdovinos y Alicia Montuenga Barreira</i>	147
La capilla de la Inmaculada Concepción en la iglesia parroquial de Navalcarnero, por <i>M.ª Pilar Corella Suárez</i>	163
Una embajada rusa en la Corte de Carlos II, por <i>Antonio Domínguez Ortiz</i>	171
Las pinturas del cuarto de la Reina María Luisa Gabriela de Saboya en el Alcázar de Madrid. 1703, por <i>Juan J. Luna</i>	187
La iglesia de San Antón y el convento de los Padres Escolapios, de la calle de Hortaleza, por <i>Fernando de Olaguer-Feliú y Alonso</i>	207
La real orden de Carlos III «sobre edificar en yermos y levantar casas bajas» y la construcción en Madrid en la segunda mitad del siglo XVIII, por <i>María de los Santos García Felguera</i>	241
Los Miranda, pintores madrileños del siglo XVIII, por <i>Teresa Jiménez Priego</i>	255
Notas geográfico-históricas de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el siglo XVIII, por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	279

	<u>Páginas</u>
Absolutismo y clases sociales: los voluntarios realistas de Madrid (1823-1833), por <i>Juan Sisinio Pérez Garzón</i>	295
El comercio y la pequeña industria de Madrid en la obra de don Benito Pérez Galdós, por <i>Federico Carlos Sainz de Robles</i>	311
Ciudad y acción municipal: la política de vivienda del Ayuntamiento de Madrid (1868-1978), por <i>Manuel Valenzuela Rubio</i>	327
La juventud madrileña y el partido republicano. La polémica de la edad electoral y su reflejo en las elecciones de 1873, por <i>Angel Bahamonde Magro y Julián Toro Mérida</i>	363
El Ateneo de Madrid, círculo de convivencia intelectual (1885-1913), por <i>Francisco Villacorta Baños</i>	381
La familia de Rosales, por <i>Enrique Pardo Canalis</i>	421
La enseñanza en la provincia de Madrid, por <i>Antonio Aparisi</i>	433
El Instituto de San Isidro de Madrid (1936-1943), por <i>María Luisa Carballo Dávila</i> ...	453

MEMORIAS Y RECUERDOS

Hojas sueltas de unas largas memorias, por <i>José Montero Alonso</i>	469
--	-----

HOJAS SUELTAS DE UNAS LARGAS MEMORIAS

Por JOSÉ MONTERO ALONSO

DON TOMÁS LUCEÑO Y LA REVOLUCIÓN DE SEPTIEMBRE

Conocí a don Tomás Luceño en su casa madrileña de la plaza de Santo Domingo. Contaba el sainetero más de ochenta años. Había nacido el año en que se estrenaba en Madrid *Don Juan Tenorio* y en que se creaba la Guardia Civil. Don Tomás unió su labor teatral a los más felices días del género chico. Después, su nombre fue apagándose, hasta apenas ser ya más que recuerdo de una época y un estilo desvanecidos ya.

El mismo me abrió las puertas de su casa.

—Viene usted a hablar con los restos de don Tomás Luceño...

Fueron sus primeras palabras, sonriendo.

—No, nada de eso. Vengo a hablar con el propio don Tomás...

—Pues no está en casa. Ha salido...

Hablaba con risueña y admirable sencillez. Nos sentamos en su despacho, cerca del balcón. En las paredes, rostros y escenas de un ayer distante, patinados por el tiempo.

Ministro durante cuatro horas

—¡Son ya muchos años los míos!... Cumplí ya los ochenta y dos. Imagínese si en todo ese tiempo habré visto y hecho cosas. He sido desde ministro...

—¿Ministro? No sabía ese *detalle*, don Tomás.

—Sí, ministro. He sido ministro de la Gobernación durante cuatro horas. Fue cuando la Revolución de Septiembre del 68: la que destronó a Isabel II e hizo caer al Gobierno de González Bravo. El día que se supo en Madrid la victoria de los revolucionarios de Alcolea, el desconcierto en los centros oficiales era, como ya se supone, muy grande. Yo era oficial de secretaría en el Ministerio de la Gobernación y aquella noche me tocaba estar de guardia; mejor

dicho, me tocaba al día siguiente, pero había hecho el cambio con un compañero que deseaba pasar aquella fecha con su novia. Cuando llegué al Ministerio noté algo extraño. No estaban las gentes habituales. Pregunté por unos y por otros. No había nadie. «Pero, ¿y el ministro? —pregunté al ordenanza—. ¿Tampoco está?». «Tampoco —me respondió—. Aquí no hay más ministro que usted». Tomé aquellas palabras al pie de la letra. Y durante cuatro horas me senté en el sillón del ministro.

Había una expresión feliz en el rostro ancho del sainetero. La piel encendida, las grandes patillas blancas, le daban el aspecto clásico y prócer del *opulento* banquero o del viejo capitán de barco.

—... Después, triunfante ya la Revolución, fui de secretario particular con López de Ayala al Ministerio de Ultramar. Desempeñé luego el mismo cargo con otros ministros. En el año 77 ingresé por oposición en la redacción del *Diario de Sesiones del Senado*, del que llegué a ser jefe taquígrafo y redactor jefe. Me jubilaron en 1911. Llegué a jefe de administración de segunda clase. Tengo, a propuesta del Senado, la encomienda de Alfonso XII y puedo, por tanto, solicitar la cruz. He prestado mis servicios al Estado durante cuarenta años, día por día. ¡Yo creo que lo que cobré en todo ese tiempo es la causa del déficit de nuestra Hacienda!...

Suerte en un examen

Estudió la carrera de Leyes en Madrid.

—... Y recuerdo que, con otro estudiante, puse en verso una asignatura. Y así, con respuestas rimadas, contestaba las preguntas de nuestro profesor. En la asignatura de Latín estudié precipitadamente, ante la inmediata fecha del examen, unos apuntes que circulaban con el pintoresco nombre de «Remedivagos». Mejor dicho, lo que estudié fueron sólo unos temas, tres, de aquellos apuntes. Entre los temas estudiados iba el del teatro de Terencio. Figúrese mi pánico: ¡únicamente sabía tres temas de todos los que traía el programa! Llegó el instante trágico del examen. Y oí, con un maravilloso estupor, que el profesor me preguntaba: «¿Sabe usted algo de Terencio?». La buena suerte no podía hacerme mejor guiño.

—Y de su vida de funcionario del Estado, ¿recuerda alguna nota curiosa?

—Verá... Estaba yo en el Ministerio de Ultramar, y llegó uno de esos momentos difíciles tan frecuentes en la política. La situación era apurada, y el ministro quería salir del Ministerio de forma que nadie se diese cuenta. Pero no había modo... «¿Será posible —me preguntaba el hombre— que no haya aquí una puerta falsa por donde salir?». «Señor ministro —le respondí—, aquí todo es falso, menos la puerta».

Las últimas horas de la República

Tenía, a su avanzada edad, un espléndido humor. Sonreía siempre, y su palabra era ágil y vivaz.

—... Yo presencié también las últimas horas de la Primera República, en la memorable noche del 3 de enero de 1874. ¡Hace ya más de cincuenta años!... Aquella noche, en el palacio del Congreso, Salmerón, presidente de la Cámara, atacaba a Castelar, jefe del Gobierno. El Ministerio era derrotado, y en el salón se comenzó el escrutinio para elegir nuevo Presidente del Poder ejecutivo. El general Pavía envió una intimidación para que se desalojase el Congreso. Se quiso resistir; pero poco después entraban las tropas y el salón quedaba desalojado. Yo recogí taquigráficamente las últimas palabras pronunciadas en el Congreso por aquellos hombres de la República.

Me contó luego, ya en el plano de lo teatral, la historia de uno de sus sainetes preferidos: *Amén o El ilustre enfermo*.

—Esa obrilla fue el resultado de un original compromiso. Nos habíamos reunido un día ocho autores. A ver si recuerdo los que éramos... Sí... Uno era Ramos Carrión, otro Vital Aza, otro Sánchez Pastor, otro Pedrosa, otro Sinesio Delgado, otro Manzano... Aún falta uno. No recuerdo ahora quién era. Metimos en un sombrero ocho papeletas con ocho títulos que en aquel momento pensamos entre todos. Fuimos sacando, con cada papeleta de autor, una papeleta de título. A mí me tocó *Amén o El ilustre enfermo*. El compromiso era que cada uno de nosotros, en el plazo de ocho días, había de tener escrita una obra con el título que le hubiese correspondido. Si al cabo de aquellos días alguien no hubiese cumplido el compromiso, estaba obligado a pagar una comida para todos. Pero en el plazo señalado todos habíamos cumplido como buenos.

—¿Recuerda alguna de las obras que salieron de allí?

—Sí. *El chaleco blanco*, de Ramos Carrión, con música de Chueca; *Su Excelencia*, de Vital Aza; *Mangas y capirotos*, de Sánchez Pastor; *La baraja francesa*, de Sinesio Delgado; *Las doce y media y sereno*, de Manzano, con música de Chapí...

Barbieri y Chueca

Fue siempre un gran amigo de la ópera, y para entrar en el Real acudía a los ardidés más inverosímiles.

—... Había una obra cuya decoración representaba una costa. En el fondo del escenario se simulaba el mar en forma de olas que por detrás había que

mover. Yo fui uno de los que hicieron de *ola*, moviendo a mano el pedazo de tela pintada, contentísimo con tal de oír la ópera. Muchas veces entraba con el mismo propósito en el escenario llevando las cafeteras y acompañando al camarero del café cercano, como si fuese un ayudante suyo. Lo que importaba era pasar.

No le gustaba escribir en colaboración con otros autores, aunque a veces lo hizo.

—A propósito de las colaboraciones le contaré un hecho que encierra su poquitín de tristeza. Yo escribí, con Javier de Burgos, *¡Hoy sale, hoy!* Eran los días de Barbieri y de Chueca: del padre y del hijo, del maestro y del discípulo. El público glorificaba a Chueca y parecía comenzar a olvidarse de Barbieri. Este, orgulloso, encastillado en su labor y en su fama, no quería darse cuenta de aquel desvío. Y, para demostrar a los que le hablaban de los triunfos del discípulo que él sería siempre *él*, apostó a que en una obra firmada por los dos, él —Barbieri— se llevaría las mayores ovaciones. Así se hizo. La obra fue la nuestra. La música la firmaron Barbieri y Chueca. El público no sabía, por tanto, de quién eran unos números y de quién otros. Y llegó la noche del estreno. Los *morenos* —se les llama así porque desde la luz del escenario se les ve negros— apenas repararon en la música del maestro. Los aplausos y las repeticiones fueron para los números que había escrito Chueca. ¿Comprende el dolor de Barbieri ante aquella crueldad de la gloria?

LOS PARECIDOS DE DON ARMANDO PALACIO VALDES

«La hermana San Sulpicio»

La hermana San Sulpicio, la novela más leída y popular de don Armando Palacio Valdés, tiene como escenario las casas, las calles y el aire de Sevilla. Sobre el libro y sobre la ciudad en que la acción transcurre me habló el escritor un día, en su casa madrileña de la calle de Lista: el número 5, entre la Castellana y Serrano. Charlamos durante toda una tarde en una estancia amplia, de dos balcones. Entre éstos, en la pared, sobre una ordenada mesa de despacho, había un gran retrato de don Armando: la pintura ofrecía un evidente parecido entre el personaje retratado y algunas conocidas fotografías de don Segismundo Moret.

—El espíritu y el semblante de Sevilla, don Armando, están muy bien reflejados en *La hermana San Sulpicio*. ¿Vivió mucho tiempo en Sevilla para ambientarse?

Sonrió. Todo en él era como una sonrisa: la viveza de sus ojos azules, entre ingenuos y burlones; el risueño tono encendido de su rostro; el acento optimista de sus labios.

—La verdad es que estuve muy poco tiempo allí: un mes. El ambiente de la ciudad me ganó, y de esta irresistible simpatía de Sevilla nació la novela. En aquel mes fue compañero mío de hospedaje Fernández Prida, que luego fue catedrático de Derecho Internacional en Madrid y ministro de Estado. Fue él quien me guió por Sevilla, a la que me hizo conocer admirablemente. Durante aquellos días me entregué en cuerpo y alma a la ciudad, y empapado de ella, de su alegría, de su ambiente y su luz, comencé a escribir la novela.

—¿Allí mismo, en Sevilla?

—No. La escribí en Asturias, al regreso.

—Es admirable ese caso de asimilación del ambiente y el espíritu de una ciudad en tan poco tiempo. Más si se tiene en cuenta la diferencia entre Sevilla y Asturias, la patria chica de usted.

—Sí, la diferencia no puede ser más radical. Pero yo creo que aquella asimilación fue obra del contraste. Lo habitual, lo que vemos todos los días, lo que nos acompaña siempre nos hiere menos el espíritu que lo contemplado de pronto. La sensibilidad se acortezca un poco al acostumbrarse a ver las mismas cosas, los mismos ambientes. Por eso la reacción es más intensa al contemplar algo nuevo o —mejor aún— opuesto. Figúrese lo que será siempre para un norteño, prendido en las nieblas grises de su tierra, encontrarse repentinamente con el deslumbramiento luminoso de Sevilla. La sensibilidad ha de responder forzosamente a tal contraste.

—¿Tardó mucho en escribir la novela?

—Lo que tardo en escribir casi todas: aproximadamente, unos seis meses. Escribo sin ningún apremio y sin ninguna obligación. Es el puro placer de escribir el que me guía para llenar las cuartillas. Trabajo reposadamente y, por fortuna, nunca me ha inquietado, al hacer una novela, ninguna preocupación de orden material.

—¿Piensa mucho los asuntos antes de ponerse a escribir?

—Sí. Cuando empiezo una novela, casi puede decirse que la tengo ya completa en la imaginación. En mi pensamiento están ya los caracteres, la intriga y hasta los capítulos. Apenas tengo ya más sino ponerme ante el papel. Aunque claro es que, a veces, cuando estoy escribiendo, surgen nuevas cosas, que es necesario incorporar al plan primitivo. No hago nunca borradores. Las cuartillas que escribo de primera intención son las definitivas. El plan de la novela lo dispongo en cuartillas: una por cada capítulo que el libro va a tener.

—Y cuando empieza una novela, ¿cómo organiza su trabajo?

—Escribo por las mañanas. Y escribo poco. Generalmente, cuatro o cinco cuartillas. Me encanta esta calma en la labor. Nunca apresuramientos, ni inquietudes, ni agobios. Yo no podría ser un oficinista de la literatura, con horas y días fijos. No comprendo el «ni un día sin una línea», de un escritor francés.

La gloria literaria

—¿Recuerda, don Armando, cuáles fueron sus primeros trabajos?

—Sí. Y puedo recordarlo merced no a mi memoria, sino a la diligencia de un extranjero. Este publicó un libro acerca de mí, documentadísimo. Traía un gran número de noticias, de las que yo apenas me acordaba. Y entre las cosas desconocidas que había en el libro estaba, reproducido, mi primer artículo. Fue entonces cuando lo recordé. Eran unas cuartillas publicadas a los quince años en un periódico de Avilés, en defensa de un poeta local, a quien todos menospreciaban. Siempre tuve gran veneración por los poetas. Y eso que los españoles nos olvidamos de nuestras grandes figuras para repartir el incienso entre las de fuera. Aquí tiene usted a Espronceda, poeta que sostiene la comparación con cualquiera del extranjero.

Hablamos de nombres famosos, de ambientes literarios, de la gloria en este pequeño mundo de las letras.

—¡La gloria!... ¡Bah!... Nosotros, los escritores, solemos tener una idea muy equivocada de lo que son la difusión y el renombre literarios. Recuerdo, sobre ello, lo que una vez me pasó yendo de viaje. En mi mismo departamento iba una señora con la que, durante el trayecto, fui charlando. Al término del viaje creí oportuno darle mi tarjeta. Al leer en ella mi nombre, exclamó: «¡Ah! ¿Usted es el propietario del teatro Palacio Valdés, que hay en Avilés?». «No. No, señora». «Entonces, ¿por qué lleva ese teatro el nombre de usted?...» Y, naturalmente, creí inútil darle a la buena señora explicaciones de quién era yo y de por qué el teatro avilesino se llamaba así...

Reía casi infantilmente al evocar la anécdota.

—¡Bah!... La gloria, la gloria... Los escritores nos equivocamos mucho.

El novelista y el tranviario

Le subrayé el parecido del retrato suyo que había en la estancia con algunos retratos de don Segismundo Moret.

—Sí, es verdad. Algunos de mis retratos hacen recordar a veces los de algunos políticos que han sido populares. Se me ha hallado semejanza con

Moret, con Maura, con Pablo Iglesias... Todo por culpa de esta barba blanca. Y así, mi retrato, que unos creen a tono con la política, no está, para otros, a tono con el arte. Creen que con esta cara apacible, con esta expresión burguesa, con esta barba correcta, no se puede ser artista. Querrían una melena revuelta, una expresión atormentada, un gesto rebelde. A propósito de esto, una vez... En un periódico de Nueva York iban a publicar una información acerca de mí. Para ilustrarla, me pidieron un retrato, que envié. El retrato tenía, claro, la misma expresión tranquila y la misma barba cuidada de todos mis retratos. ¡Y cuál no sería mi sorpresa al encontrarme luego en el periódico con un retrato de semblante muy ceñudo y de barbas encrespadas!... Y es que la fotografía que yo les mandé les había parecido poco característica, *poco de artista*, y más cuando se trataba de un artista español.

Me contó luego algunos pequeños sucesos en relación con la semejanza de su rostro con el de algunos políticos. Iba una vez en tranvía y el cobrador le dio el billete con una gran amabilidad, con palabras emocionadas casi.

—... Verdaderamente honrado en conocer a usted, a quien todos queremos y admiramos tanto.

El novelista no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción. Sin duda, aquel buen hombre había leído algo suyo y le conocía por los retratos que, con frecuencia, aparecían en los periódicos.

—Muchas gracias, muchas gracias, decía don Armando.

Y alentado por las palabras y la sonrisa bondadosa de Palacio Valdés, el cobrador siguió hablando:

—... Hay que trabajar por nosotros, como usted trabaja, sin desmayar, hasta que consigamos el triunfo de nuestras ideas. En el mitin del otro día estuvo usted magnífico. ¡Así se habla y así se defiende al obrero! Estoy seguro de que hará en el Congreso una gran labor. Porque usted, don Pablo...

Y don Armando se vio en la precisión de sacar al hombre de su error. El tranviario había creído que estaba hablando con Pablo Iglesias, su jefe político.

Un librero

En Avilés hay un teatro que lleva el nombre del autor de *Marta y María*. A raíz de haberse inaugurado, había expuestas unas fotografías del nuevo coliseo en el vestíbulo del teatro madrileño de la Reina Victoria.

El teatro avilesino tiene en su sala un gran retrato del novelista. Y esta sala, con el retrato de Palacio Valdés, es la que se veía en una de las fotografías expuestas en el vestíbulo del Reina Victoria.

Un día, dos espectadores, en un entreacto, hablaban ante la fotografía. Y decía uno de ellos:

—Pero, hombre... ¿A santo de qué pondrán a Maura en la sala de un teatro?

En el tipo del librero —me contó también el escritor— se ha evolucionado considerablemente.

—De aquel viejo librero que para conocer el valor de un libro lo pesaba, al de ahora, hay un abismo... Hace poco, a propósito de esto, se me quejaba un librero amigo de que un gran escritor, en una crónica, había dicho que los libreros españoles eran unos analfabetos. No lo son, evidentemente. Pero yo me acuerdo de uno que vendía mis libros y que, al enviarme las liquidaciones, refiriéndose a los ejemplares de mi novela *El idilio de un enfermo*, ponía siempre, indefectiblemente, *El enfermo de un idilio*...

VALLE-INCLAN Y SU TEORIA DEL AMOR EN LA NOVELA

Valle-Inclán en la «Cacharrería»

Hablé con don Ramón del Valle-Inclán muchas veces. En su tertulia de la «Granja el Henar», en el Ateneo, en la calle, cuando —acabada la charla en el café— él, con los amigos, seguía hablando y hablando, con aquella su incomparable palabra, plástica, armoniosa, magníficamente expresiva. Hable con él en su casa, en la calle de Santa Catalina, y, después, en la de la plaza del Progreso, que fue su última casa en Madrid. Estaba ya enfermo y vivía horas muy difíciles.

—Mi hijos —me dijo, la última vez que hablé con él— han tomado hoy sólo un poco de leche que les han bajado unos vecinos. Y, en cambio, esos...

El «esos» se refería a los que habían sido compañeros suyos en el Ateneo y se veían entonces en los puestos más altos de la política. Citó concretamente algunos nombres, para calificarlos con dureza. Era en 1935. Estaba don Ramón en el lecho, consumido el rostro, febril la mirada, pero la palabra con la misma firmeza y la misma altivez de siempre.

Me despedí de él. Nos apretamos fuertemente las manos. Ya no volví a verle. Poco después, el escritor sintió, apremiante, la llamada de la tierra. Se trasladó a la natal tierra galaica. En ella, en un hospital santiagués, le llegaría la muerte.

Sabía dar a todas las cosas una interpretación personal y aguda. Sus puntos de vista sobre temas humanos y estéticos eran siempre ricos en originalidad. Sus enfoques relampagueaban, sorprendían: por su gracia distinta, por su penetración de pensamiento, por su magnificencia de palabra.

—... La vida es siempre la misma, fatalmente —me habló una vez, en la *Cacharrería* del Ateneo—. Son las mismas sus pasiones y sus tristezas. Lo que cambia son los personajes, los protagonistas de esa vida. Antes, los papeles eran desempeñados por dioses y héroes. Hoy... Antes, el Destino cargaba sobre los hombros —majestad y dolor— de Edipo o de Medea. Hoy, ese Destino es el mismo: los mismos su sufrimiento, su fatalidad y su grandeza. Pero los hombros que lo sostienen han cambiado. Las acciones, las inquietudes, las coronas son las de ayer y las de siempre. Los hombros son diferentes, minúsculos para sostener ese gran peso. De ahí nacen el contraste, la desproporción y lo ridículo. En *Los cuernos de don Friolera*, el dolor de éste es el mismo de Otelo y, sin embargo, no tiene su grandeza. La ceguera es bella y noble en Homero. Pero en *Luces de bohemia* esa misma ceguera es triste y lamentable, porque se trata de un pobre poeta bohemio, de Máximo Estrella...

Historia, Novela, Amor

Le hablé de cómo en los libros de entonces parecían haber perdido importancia los problemas de amor. Don Ramón recogió y enfocó rápidamente el tema, con su habitual riqueza imaginativa.

—Es que el amor es individual, y la vida no marcha hoy por caminos de individualidad. La Novela es siempre la Historia. Basta con recordar la Revolución francesa: ella, al afirmar los derechos del hombre, al dar el derecho de propiedad al Estado o al individuo, creó la individualidad. Vino así la exaltación del personaje aislado, del héroe, del hombre solo que acertaba a destacarse. Y como la Novela es la Historia, llegó, lógicamente, la novela psicológica, la novela de la individualidad. Es el momento de Stendhal. Pero hoy se da una interpretación nueva a los hechos. Se les estima necesarios, fatales. El individuo es ya lo de menos. Sin él, los hechos se darán igual. La Revolución francesa, sin Danton y sin Robespierre, hubiese sido la misma. El hombre ya no tiene importancia. Ahora, el protagonista de la vida es el grupo, la colectividad, el gremio, la multitud. Es la supremacía de lo social sobre lo individual, que ha perdido su valor. Son los días del «soldado desconocido», símbolo y encarnación de todos los soldados muertos. Y el amor, por ser individual, pierde ante esta nueva interpretación histórica. No es que pierda en su esencia. Pero la vida marcha ahora por los caminos de lo social, y esta nueva interpretación se refleja lógica y necesariamente en la Novela, que es la Historia. En *La guerra y la paz*, Tolstoi vio ya este predominio de la masa.